

REVALORACION DEL PENSAMIENTO Y LA ACTIVIDAD POLITICA

Por HUGO E. BIAGINI

I

El dominio político ha sufrido y continúa experimentando un sinfín de reparos que desde el ámbito callejero se prolonga en esferas prominentes y en enjundiosos niveles académicos. Tales críticas apuntan tanto al fenómeno político mismo como a su localización institucional, a sus expresiones ideológico-partidarias y a sus exponentes individuales.

La que fue concebida por Aristóteles como disciplina por antonomasia no cesa de mostrársela como reñida con la actividad del entendimiento, análogamente a como se ha censurado el carácter racional del mito, la religión o el arte. Entre otros casos más de antagonismo, existen quienes, así como subestiman el orden científico y técnico por hallarlo distanciado de lo absoluto, desdeñan a la política por considerarla un menester que, con sus frívolos vaivenes, sólo transita el errátil sendero de la opinión.

LAS IMPUGNACIONES TRADICIONALES

Desde antaño se ha plasmado una imagen de la política como conjura para engañar y perjudicar a la inocencia pública —con palabras más recientes, a la mayoría silenciosa— mediante tortuosos artificios utilitarios. Desprovisto de toda virtud y renuente a las preocupaciones teóricas, el quehacer político se desentendería del *fair play*, calificando como enemigas a las expresiones adversas.

Embargada por un espíritu pagano y fanático, la política contendría el germen de la revuelta, la discordia y la infelicidad. Pese a constituir un as-

pecto muy parcial de lo humano, aquélla se permite invadirlo todo dogmáticamente, sin respetar ninguna esfera temporal o divina. Para evitar tal perniciosa contaminación, debe mantenerse alejado lo político del culto religioso, la vida privada, la educación, la creación estética, etc. La principal, si no la única, cualidad que puede llegar a reconocérsele a la política radica en su eventual capacidad de mediar entre males mayores y menores.

Para el encuadro en cuestión, también resulta un asunto digno y deleznable el propio *ethos* de la política: la lucha por el poder o la conservación del mismo. El poder, que termina por desgastar y corromper tanto a quienes lo sustentan como a quienes lo apetecen, no pasa de ser en verdad una especie de ídolo más, como el dinero o la lujuria.

Organismos políticos por excelencia, tales como asambleas o parlamentos, sólo resultan centros de disputa sin consecuencias positivas. Tampoco han gozado de mejor fama los partidos políticos, los cuales, para nacionalistas al estilo de Charles Maurras, responden a una índole «pasional» y constituyen a la postre meros «sindicatos de intereses personales destinados a mantener un parasitismo de Estado» (1). Y aunque un liberal como Tocqueville considera necesarios a los partidos dentro de Gobiernos libres, no deja empero de lamentarse porque ellos alteran y perturban la sociedad (2).

Las agrupaciones partidarias carecerían por lo común de consistencia doctrinal y no actúan como debieran en función de ideales o principios, pues se dejan llevar por el favoritismo y se estructuran precariamente conforme a un círculo de amistades, a la lealtad a un líder y a intereses materiales afines. Primaria entonces una tónica oportunista cuyo objetivo primordial resulta la preservación del partido, sin preocuparse mayormente por la comprensión de la realidad política ni por la suerte de la comunidad.

Junto a los partidos se combaten las mismas ideologías —meras pujas para obtener prebendas facciosas y menudas—, las cuales, muniéndose de una conceptualización persuasiva, pretenden poseer un alcance universal, mientras denuncian a las ideologías rivales como hipócritas y egoístas; dando por sentado que «la razón es razón para quien vence, pero mera violencia para el vencido» (3). Las ideologías aparecerían así, so pretextos reivindicativos y justicieros, como instrumentos solapados para la dominación.

No resulta, por ende, dificultoso arribar a una caracterización de los polí-

(1) *Mis ideas políticas*, Buenos Aires, Huemul, 1962, págs. 213, 215. Trad. de J. Irazusta.

(2) *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura, 1963, págs. 192-93. Trad. de L. R. Cuéllar.

(3) GIUSEPPE RENZI: *Filosofía de la autoridad*, Buenos Aires, Deucalión, 1957, pág. 84. Trad. de C. Vallejo.

ticos como sujetos con ambiciones desenfrenadas que sólo piensan en su propio bienestar o en el de sus partidos, para lo cual se convierten en demagogos y, con extravagantes discursos y maniobras ilícitas, apelan a los resortes más irracionales del pueblo, medrando con las miserias y bajezas humanas. En consecuencia, la mayor virtud del político consistiría en su astucia.

CUESTIONAMIENTO FILOSOFICO Y RESERVAS CIENTIFICAS

En Ortega y Gasset se conjugan muchas de esas extendidas observaciones contrarias a la política (4), a la cual juzgó reiteradamente como una dimensión que, pese a su superficialidad, procura adueñarse de toda la vida humana, suplantando al conocimiento y a la religión, oscureciendo las diferencias entre naturaleza, historia, Estado y derecho.

La política provoca, según Ortega, una suerte de «analfabetismo» espiritual, pues supone abandonar la órbita superior del intelecto para hundirse en el «temperamento de las muchedumbres», cuya insurrección amenaza con trastocar las formas más elevadas de la cultura. La lucidez y la liberación más auténticas estarán dadas por un filosofar que sepa «retirarse de las alturas sociales» y replegarse dentro de sí mismo.

Existiría así un marcado y creciente contraste entre la figura del pensador y la del político —hombre de acción sin vida interior, legítima personalidad ni escrúpulos morales. Los «imprescindibles ingredientes», las «condiciones orgánicas» de un «genio político» se traducen para Ortega en los siguientes rasgos: «Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad, dureza de piel...». Los políticos no sólo suelen ser torpes individuos que «lo ignoran todo», sino que encima tienden a confundir las cosas «más de lo que estaban».

Hay en Ortega una descalificación de la mentalidad partidista, rechazándose el argumento sobre la necesidad de definirse políticamente y de militar dentro de alguna de las fracciones en pugna. Por el contrario, tal enrolamiento va en detrimento de la capacidad crítica y conduce a evadir responsabilidades:

Nada de ajustarse a la verdad, al buen sentido, a lo justo y a lo oportuno. No hay una verdad ni una justicia; hay sólo lo que

(4) *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, tomo 3 (1950²), págs. 94, 456, 603, 621-, 624-25; tomo 4 (1951²), págs. 75, 81, 83, 130-31, 253, 371; tomo 6 (1952²), pág. 73; *Sobre la razón histórica*, Madrid, Alianza, 1979, págs. 81-83, 133, 187-88, 203, 217.

al partido convenga, y esa será la verdad y la justicia —se entiende que habrá otras tantas cuantos partidos haya...

Ser de izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral...

...en materia política es casi siempre el ismo paroxismo, unilateralidad y monomanía.

En definitiva, la oposición más o menos pronunciada entre conocer y obrar, entre lo universal y lo particular, entre razón y sentimiento, entre saber crítico y vulgar, se halla presente en perspectivas y orientaciones muy diversas.

Ciertos planteamientos positivistas, por ejemplo, han insistido en separar el saber de la vida, distinguiendo entre conocimiento y juicios de valor. Estos últimos sólo denotan una relación afectiva de la persona con el objeto valorado y pretenden objetivar, mediante proposiciones enunciativas, simples cuestiones anímicas sin mayor sentido ni verdadera significación teórica, con lo cual se producen apreciaciones deformantes (5). Por ello se rechaza de la órbita científico-racional, que requiere una verificación *ad hoc*, las estimaciones axiológicas —indicadores subjetivos cuya verdad o falsedad no puede controlarse ni predicarse supraindividualmente.

Según aduce Vernon Van Dyke (6), «no se atisba un camino lógico para trasladarse del reino de los hechos al reino de los valores», debiéndose proclamar la abstención en materia axiológica: «si los liberales, los fascistas, los comunistas, etc., escogen diferentes sistemas de valores, el positivista puede reaccionar emocional [y volitivamente] de acuerdo con diferentes grupos, pero no puede demostrar que su sistema de valores es preferible a los otros».

Desde una perspectiva fenomenológica, que no soslaya el planteamiento metafísico, también se ha descartado como ajeno al estudio científico el tratamiento de lo político con un sentido «moralizante» y justificatorio para cualquier régimen determinado. Únicamente se acepta el método demostrativo y el análisis descriptivo que sirvan para descubrir las relaciones permanentes, al margen de toda contingencia y variación (7).

Destacados sociólogos enfatizaron de distinta manera las precedentes

(5) THEODOR GEIGER: *Ideología y verdad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1972, páginas 52, 54, 57, 59. Trad. de M. Jung.

(6) *Ciencia política: un análisis filosófico*, Madrid, Tecnos, 1962, págs. 24-25. Trad. de F. Morán.

(7) JULIEN FREUND: *L'essence du politique*, Paris, Sirey, 1965, págs. 9 y 12.

divisiones jurisdiccionales. Max Weber postuló un sentir bastante generalizado: además de excluir los juicios valorativos de las ciencias sociales, señaló la necesidad de apartar la política de la investigación científica y de la enseñanza académica, sosteniendo que el profesor no debe transmitir sus convicciones personales desde la cátedra para dejar libre al alumno la adopción de la postura que crea más conveniente. Weber aseveraba que si el hombre de ciencia introduce sus propias valoraciones en los hechos que estudia se tergiversa la comprensión de los mismos. Las opiniones particulares serán ventiladas fuera del gabinete o del claustro universitario. Además, los funcionarios estatales tendrán que limitarse a una tarea netamente administrativa, sorteando las arrebatadas lides políticas (8).

Por su parte, Wilfredo Pareto, afirmando que «pésimas» son «la práctica teórica y la teoría práctica» (9), ha procurado invalidar el pensamiento político, por considerarlo inficionado por elementos pasionales que buscan su legitimación unánime merced a la adopción de un ropaje reflexivo bajo el cual subyace una acentuada tónica irracional que intenta imponer por cualquier medio la ambición personal.

La sociología del conocimiento, tal como fue concebida por Karl Mannheim, también contribuyó a restarle su propia base de sustentación al enfoque político, el cual, para Mannheim, «se halla relacionado siempre con determinada posición en el orden social» (10). Amén de que el observador no puede despojarse por entero de las motivaciones sectoriales que operan irracionalmente en él, la misma realidad política exhibe un flujo dudosamente aprehensible y plagado de intereses antagónicos. Dicho estado de cosas implica serias diferencias con el procedimiento científico habitual, obstaculizando el acceso a lo político por esta vía cognoscitiva.

II

POLITICA, MORAL Y SOCIEDAD

¿Representa entonces la política una especie de maquinación dirigida por minoritarios activistas que, desde el llano o encaramados en el Gobierno, pretenden sojuzgar al resto de la ciudadanía —ajena al acontecer político en

(8) *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1962². Trad. de F. Rubio Llorente.

(9) *Trattato di sociologia generale*, Florencia, G. Barberá, 1916, vol. 2, pág. 315.

(10) *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura, 1941, págs. 136 y 99-103. Trad. de S. Echavarría.

sí, al punto de que, por ejemplo, cuando vota se deja arrastrar por el hábito sin detenerse a analizar el contenido de las plataformas ni la trayectoria de los candidatos, convirtiendo al sufragio en una catapulta para encumbrar mediocridades?

Si bien es cierto que el número de militantes resulta comparativamente muy reducido, ello no supone que vastos sectores sin enrolamiento partidario —menos manipulables de lo que a veces suele atribuírseles— permanezcan indiferentes ante los sucesos del mundo o de su país. Indiferencia que al menos cabe desestimar en la medida en que dichos sucesos se hallen ligados a los diversos intereses en juego. Rasgo éste por lo demás imputado como defectuoso patrimonio de los políticos por el enfoque en discusión.

Por otro lado, las objeciones que se efectúan a políticos y parlamentarios, de discutir constantemente sin desembocar en ningún resultado fructífero, omiten que tales querellas no obedecen tanto a una actitud bizantina, a una gimnasia pasatista e intrascendente, a un mero usufructo de cargos, como a divergencias básicas derivadas del *status*, las mentalidades o los objetivos en disputa.

La política no sería así esencialmente, como se le ha recriminado, el origen de las diferencias entre los miembros de la sociedad, sino una modalidad arquetípica por la cual esas diferencias se ponen de manifiesto. Aunque no resulta improbable la eliminación de injustas desigualdades que a veces se procuran legitimar como naturales, es en cambio más imprevisible la posibilidad de un total acuerdo entre los hombres, por lo cual tampoco corresponde aguardar una desaparición definitiva de la política.

Muchas de las acusaciones a la política recrudecen sus ataques a ésta por considerarla un ejercicio reñido con la moral, una fría y dura «técnica» desprovista de «alma» (11). Tal interpretación comete un frecuente error: suponer que los medios pueden ser evaluados separadamente de los fines, en cuanto a eficacia o intención ética, sin apreciar a la vez que las mismas técnicas o medios llegan a poseer, en distintas oportunidades, un valor moral inherente y que si bien los fines trasuntan un significado axiológico, no alcanza a sobrepasarse las meras abstracciones si no se cuenta con medios idóneos para lograr su realización.

Aunque la actividad política no aporta *per se* una plena evidencia u obligación moral, tampoco la moralidad presupone siempre una repulsa de la acción política. Esta última, por el contrario, en ciertas situaciones debe

(11) Cfr. ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas* (ed. cit.), tomo 6, pág. 496

adaptarse a jugar un papel cuya urgencia constituye algo éticamente insoslayable.

Los valores morales y los valores políticos, si bien pertenecen a distintos planos axiológicos, aparecen coaligadamente en la existencia humana, resultando antropológicamente insostenible una estricta diferenciación entre el orden privado —reducto moral— y el orden público, donde señorearía la política y el envilecimiento. ¿Cómo desentenderse de lo que pasa en el mundo para refugiarse en la intimidad y obtener al mismo tiempo patente de indemnidad política? ¿Acaso la impureza de las costumbres no cabe ser verificada tanto en la esfera pública cuanto en la privada?

En síntesis, los hombres, aunque se lo propongan, no pueden abjurar de la política y negarse a intervenir en ella sin aumentar su propia dependencia respecto a la orientación del acaecer social. Admitiendo que es mucho más deseable que un pueblo pueda manifestarse a que permanezca silenciado o inconsulto, la actividad política llegaría a erigirse en un bien en sí mismo, contribuyendo por lo demás a nuestra maduración mental, toda vez que nos muestra a las claras las incontrastables limitaciones existentes para lograr nuestros propósitos sin mediación alguna.

EL POLITICO

¿Qué grado de justeza ofrece la caracterización del político como un ser instintivo, mezquino, incapaz y engañador, cuando no se tiene en cuenta que el mismo ejerce una faena históricamente constreñida a abandonar las artes más nobles para servir de instrumento a diferentes apetencias grupales muchas veces guarnecidas tras las bambalinas de la privacidad? ¿No resultaría tan ocioso pedirle a los políticos que se rijan con imperativos morales absolutos como exigirle un máximo rigorismo en sus actividades a comerciantes o a otros sectores que también detentan o pretenden el poder político, sin sufrir en cambio por ellos tantos cuestionamientos en sus gestiones?

El hombre político, preocupado por realizar, recurre a las palabras como herramientas para la acción, prescindiendo por lo común de otras alternativas lexicográficas, sin ser objetable de suyo tal utilización terminológica. La necesidad de hacer que motiva a los políticos, los lleva a desenvolverse dentro del marco de las posibilidades —no siempre compatibles con los más altos ideales. Así, el político debe apartarse en ocasiones de sus principios más caros para atender el mandato eventualmente discordante de sus electores o representados.

El embate contra los políticos, por subordinar su acción y, a veces, la del Gobierno, a ramplones designios del vulgo proviene por lo general de perspectivas ahistóricas, remisamente democráticas e insensibles a los problemas sociales. Habida cuenta de que el orbe político, como el ámbito humano en su conjunto, está lejos de reducirse a un modelo cartesiano, no cabe alentar la fantasía tecnocrática —rebrote del mítico filósofo rey— y suponer que sólo los sabios y los especialistas son quienes deben hacerse cargo del poder, al margen de toda representatividad popular, teniendo el ciudadano medio que resignar su derecho de decisión a la incontrovertible superioridad de dichos expertos.

Si bien los llamados funcionarios de carrera pueden cubrir satisfactoriamente ciertas funciones burocrático-administrativas, ellos no estarían en condiciones por lo común de suplir la capacidad de movilización, negociación y decisión que brinda el político experimentado. Pareciera tratarse así de un tipo humano con sensibilidad y habilidades que exceden el simple aprendizaje y la habilitación académica, sin por eso negar la diversificada presencia de inclinaciones y aptitudes políticas en todos los hombres a la par, de modo análogo a como ocurre normalmente con la proclividad filosófica y otras manifestaciones culturales.

PARTIDOS POLITICOS

En los tiempos modernos la política se encuentra tan ligada al accionar de los partidos que usualmente tiende a identificárseles sin más. Entre las observaciones registradas contra los partidos políticos, no resulta demasiado pertinente la que señala en ellos una falta grave de coherencia ideológica, pues si bien algunas manifestaciones partidarias muestran una labilidad extrema, otras corrientes, por el contrario, emplean una férrea ortodoxia doctrinal.

Aunque no escasean los líderes partidarios con espíritu de secta, los más grandes políticos han sabido rescatar objetivos comunes, superando la rigidez estatutaria y produciendo adhesiones, alianzas, frentes u otras formas de acción conjunta. A diferencia de la «impetuosidad» enrostrada a los políticos, éstos, al frente de sus partidos, suelen observar pacientemente los hechos para recién actuar tras su complejo proceso decisorio, conforme a oportunidades por lo general restringidas, conciliando a veces posturas distintas y hasta antagónicas que llevan inclusive a una renovación de fuerzas y programas.

Los partidos políticos ostentan internamente una mayor o menor unidad

de acción, pero puede admitirse que su interjuego posibilita el desarrollo de la opinión pública y la comunicación entre gobernantes y gobernados, de una manera harto perfectible, pero difícilmente reemplazable por otros medios de representación. Aun Gobiernos usufructuados por otros exponentes de la sociedad distintos a los políticos, como tales no hacen más que crear esbozadamente una nueva forma partidaria.

El politólogo Maurice Duverger, en una obra ya clásica en el tema, ha extraído un sugestivo balance sobre los partidos, aduciendo que un régimen sin la presencia de éstos constituye «necesariamente un régimen conservador» que impone «al pueblo dirigentes que no emanan de él» y «asegura la eternización de las élites dirigentes, por nacimiento, dinero o función» (12). Consideraciones que resultan muy parcializadas si no las hacen extensivas a los movimientos nacionales, cuya relevancia política en países subdesarrollados como los de África o América Latina se ha ido incrementando en lo que va de siglo; movimientos surgidos con el propósito de superar las limitaciones de la partidocracia clásica para luchar contra el estancamiento. Aunque tampoco es ocioso recordar que no todas las propuestas que subrayan las falencias demoliberales para permitir la evolución de las regiones menos favorecidas alcanzan tal objetivo y que algunas hasta parecen entorpecerlo aún más.

CIENCIA POLITICA Y JUICIO VALORATIVO

Ya se examinaron ciertos planteamientos que niegan a la ciencia política la formulación de enunciados normativos, la posibilidad, como sostiene Jean Meynaud, de comprometerse, de tomar partido por una u otra posición (13). Sin embargo, otros enfoques no menos académicos admiten las definiciones personales y hasta preconizan la denuncia: «si el emperador anda desnudo el politólogo debe decirlo» (14). Más allá de cualquier purismo intelectual, la índole peculiar de nuestra sociedad tornaría casi imposible limitarse a acotar un cierto estado de cosas, tal como cuando se encara el mundo físico. En el ámbito humano se desea además, como asegura Bertrand de Jouvenel, que el mismo responda, por ejemplo, a nuestra concepción de la justicia (15).

(12) *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura, 1969, págs. 451-52. Trad. de J. Campos y E. González Pedrero.

(13) *Introducción a la ciencia política*, Madrid, Tecnos, 1971, pág. 307. Trad. de J. Pradera.

(14) H. VICTOR WISEMAN: *Politics*, Londres, Routledge, 1969, págs. 2, 63 y sigs.

(15) *The Pure Theory of Politics*, Cambridge Univ. Press, 1963, pág. 33.

David Easton, refiriéndose a la investigación política imperante en los Estados Unidos durante el *neutralismo* positivista, asevera que la misma ha acusado «una fuerte tendencia a apoyar el *statu quo*», bajo la «quimera» de una ciencia social exenta de todo influjo valorativo y sin reconocer, como hacían los grandes filósofos, que la ciencia política posee una inspiración «claramente ética». Existiría una suerte de inhibición para poner a prueba las propias valoraciones, juzgándose como axiomáticos los valores aceptados corrientemente; actitud refrendada incluso por «la mayor parte de los estudiosos de la teoría política», quienes aceptan «sin contradicción las premisas morales de la civilización occidental», a las que suponen «perennemente correctas». Pese a sus pretensiones de actualidad, podría reprocharse a dicha posición el no haber superado la perspectiva axiológica del siglo XIX (16).

Resultan, pues, muy estrechas las exigencias de quienes sólo conceden objetividad a la clarificación conceptual, escindiendo los hechos de los valores, sin advertir la conexión que ambos mantienen. La elección y el juicio normativo no dejan de insertarse en una base empírica y caben ser encarados racionalmente. Ello puede ejemplificarse con la creencia sobre la superioridad de una raza sobre otras: si no existe tal cosa como la pureza racial, cualquier juicio (fáctico o axiológico) sobre dicha superioridad carece de aplicación. Por otra parte, la descripción y el análisis no constituyen fines en sí mismos:

No se desarman relojes durante jornadas enteras, sin terminar por preguntarse cuál es la hora exacta. A fuerza de tratar de comprender lo que sucede se llega a soñar con lo que debería suceder (17).

En suma, una actitud totalmente avalorativa parece sobrepasar la misma constitución humana. La mera observación prescindente se torna mucho más problemática en el campo histórico, donde la intención de cambio o preservación, de legitimación o descrédito, se hallan siempre al menos implícitas. La insistencia en una ciencia social sin ningún compromiso suele estar emparentada con los deseos de mantener el orden establecido.

Admitir la presencia y hasta la necesidad de estimaciones axiológicas, sin aceptar el postulado durkheimiano de que «los hechos sociales deben

(16) *Política moderna*, México, Letras, 1968, págs. 269-70, 83, 230-232, 239, 243, 264-65. Trad. de L. M. Trejo de Hernández.

(17) GEORGES BURDEAU: *Método de la ciencia política*, Buenos Aires, Depalma, 1964, pág. 48. Trad. de J. C. Puig.

ser tratados como cosas» y restringiendo la posibilidad de una ciencia de la política puramente teórica y neutral, no supone confundir los planos expresivos, la indiscriminación entre juicios de valor u opiniones y enunciados propiamente comprobadas, ni dejar sin resolver qué clase de valoraciones pueden formularse más legítimamente que otras. Si resulta ilusorio y hasta contraproducente aspirar a un estudio asépticamente objetivo de lo social, ello no significa renunciar por completo a una aproximación científica del mismo —aproximación cuya finalidad específica tampoco consiste en dictar o proponer normas.

El propio Weber, aunque siguiendo el clima neokantiano de su época, no llegó a ver que los valores también poseen *status* gneoseológico y proclamó un tipo de ciencias exenta de ellos, reconoció empero un transfondo axiológico configurativo, reflejado, por ejemplo, en presupuestos sobre la concepción del mundo que obra en el científico, en la apreciación positiva de la metodología y la lógica empleadas, así como en los resultados a alcanzar, en las prioridades temáticas, etc.

Aun Mannheim, pese a recalcar la existencia de poderosos determinantes sociales, aceptó cierta posibilidad de abordar la política como ciencia precisamente tras el deslinde de dichos condicionamientos para reducir las múltiples oposiciones doctrinales. Esta síntesis explicativa integral debe penetrar en «la realidad histórica del presente», sin reclusiones especulativas, pues es «en el terreno de la práctica donde se puede lograr... un conocimiento esencial y específico...». La política como ciencia, si bien tiene que sortear el tono prescriptivo y teleológico, no debe prescindir de la perspectiva cotidiana. Resulta desacertado atribuirle «al investigador una actitud pasiva y contemplativa, capaz de destruir las verdaderas relaciones que, como tales, interesan al hombre político». Mannheim se muestra así consciente de la indisolubilidad de lo racional y lo irracional en materia política (18).

CONCLUSIONES GENERALES

1. Inveteradas propuestas buscan invalidar a la política considerándola una manifestación cuyo lenguaje, a usanza de la propaganda comercial, el adoctrinamiento escatológico y ciertas prácticas forenses, está plagado por argumentos vacuos o sofisticados, impotentes para dar cuenta del transcurso de los acontecimientos.

(18) *Op. cit.*, págs. 131-68.

Ya se ha insinuado que ese estilo retórico no puede tomarse como algo simplemente gratuito o arbitrario, como una limitación de fondo, sino que responde a una singularidad contextual. Hasta ilustres estadistas han tenido que recurrir a una lógica *sui generis*, de corte político, en el manejo de la información; *lógica* al servicio de causas no siempre censurables y que suele emplearse, por ejemplo, en la estrategia bélica o en la estadística, donde se esgrimen cifras sólo cuando éstas respaldan el propio accionar, ocultándose los datos desfavorables al mismo.

Si bien la claridad, la exactitud y la previsión pueden estimarse como valores usualmente positivos, que en el campo científico se erigen en piezas fundamentales, no garantizan en cambio la excelencia de carácter político. Históricamente nos encontramos con planes minuciosamente delineados y emprendidos de segregaciones, proscripciones o exterminios en masa sin que corresponda tildarlos de racionales, pues, aunque se fijan metas y se eligen los medios adecuados para cumplimentarlas, no contribuyen a enaltecer en nada a la condición humana.

También resulta inapropiado asimilar, sin mayor recaudo, el comportamiento racional con el de índole predecible, característica esta última más aplicable al funcionamiento de una máquina o a la conducta animal que al hombre mismo, donde lo racional cumple las veces de trascender el orbe natural para instituir un orden equitativo.

Un cúmulo de falencias semánticas advertidas en los filósofos políticos clásicos indujeron asimismo a formular categóricas declaraciones sobre la irrelevancia y obsolescencia de dichos pensadores, sin tenerse en cuenta que, más allá de su coherencia formal, ellos han repercutido notoriamente en la concepción y en la marcha del devenir humano. ¿Qué importancia puede insumir el hecho de que diversas ideologías políticas no fuesen planteadas con el debido rigor o fundamento conceptual, si las mismas han contribuido a gestar requeridas y trascendentes modificaciones sociales?

2. Aunque sea de utilidad mantener como recurso gnoseológico la diferencia entre ciencia e ideología, no se trata por ello de pensar a éstas antitéticamente, en los términos llanos de verdad o falsedad, de racionalidad o irracionalidad, de interés o desinterés. La insalvable incidencia ideológica en las ciencias sociales no significa algo pernicioso de suyo. En última instancia, tampoco corresponde rescatar, de modo excluyente e inefable, al método científico frente al periodismo o al ensayismo, pues muchas cuestiones vitales de la política y la historia suelen y acaso deben formularse asistemáticamente.

El predominio racionalista ha conducido a una subestimación de la pra-

xis, bajo el alegato de que sólo hay que ocuparse de los objetos cognoscibles con indubitable certeza. Pero esto no implica necesariamente eludir la posibilidad de acotar y precisar el terreno político, recurriendo a otras categorizaciones pertinentes distintas a las de las ciencias deductivas. A tal efecto, podrían explotarse, por ejemplo, planteamientos como el manheimiano en torno a diferentes tipos de racionalidad y acerca de que no siempre los factores irracionales representan obstáculos para el progreso.

El fenómeno político no puede agotarse en explicaciones meramente intelectualistas —el hombre se guía por cálculos inferenciales entre fines y medios— ni instintivistas, donde todo se deriva de impulsos inconscientes o semiconscientes. La diferencia entre la actitud reflexiva y la emocional tampoco constituye un valor absoluto en el camino a lo verdadero, resultando casi inconcebible la actividad de la razón sin una conciencia pasional motivadora.

3. Dificilmente puede examinarse hoy la órbita política en forma pura y aislada ni mantener, por cierto, el paradigma iluminista de un hombre abstracto más allá de regulaciones endógenas o ambientales —con la sociedad, el Estado y las leyes como meros epifenómenos del arbitrio y la razón individual. No obstante, pese a sus numerosas conexiones y ascendientes, lo político posee su propia funcionalidad y un sentido relativamente originario, pasible de un análisis peculiar.

Aunque la suposición idealista ingenua que hace coincidir la libertad con la ley sucumbe fácilmente ante la crítica escéptica, resulta en cambio inadmisibles la consecuencia de que en la sociedad humana no puede existir verdadera justicia o autoridad. No son imputables exclusivamente a la política las grandes tensiones, enfrentamientos y atrocidades que surgen de continuo en el mundo con un vigor tal que parecen imposibilitar, o al menos restringir, la vigencia de la racionalidad.

El comportamiento anómico suele patentizarse en épocas de crisis y la política también refleja e incluso promueve tal estado de cosas. Empero, ¿existe otra vía para forjar un mundo más habitable, frente a los designios en contrario, distinta a la que ofrecen la formación y el accionar político encaminados a producir una toma compartida de decisiones?

Una pseudosolución, ligada a veces con caracterizados círculos de poder, consiste en suponer que el elemento irracional va a desaparecer de la política cuando ésta se vea reemplazada por la Administración y los gobernantes sean personas idóneamente capacitadas para el mando, sin que importe en demasía la voluntad de la población.

Tal presunta volatilización de la política se arraiga, a la postre, en la

vieja creencia de que es posible referirse a la bondad del hombre independientemente de su condición como ciudadano. De que la libertad, por ejemplo, pertenece a un dominio recóndito sustraído a la esfera pública. Interpretación cerradamente espiritualista aceptable en periodos donde la autoconciencia no ha alcanzado a aflorar, pero que resulta muy insuficiente para la concepción actual de los derechos del hombre.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

- ARANGUREN, José L.: *Ética y política*, Madrid, Guadarrama, 1968.
- BIAGINI, Hugo E.: «La mentalidad tecnocrática», *Escritos de Filosofía*, núm. 4, julio-diciembre 1979; «El futuro de la filosofía», *Hitos*, núm. 9, 1981; «El individualismo estoico en Hegel», *Revista de Estudios Políticos*, núms. 195-196 (1974), págs. 149-160.
- CORBETT, Patrick: *Ideologies*, Londres, Hutchinson, 1965.
- DURKHEIM, Emilio: *Las reglas del método sociológico*, Madrid, Jorro, 1912. Trad. de A. Ferrer y Robert.
- FAIRLIE, Henry: *The Life of Politics*, Londres, Methuen, 1968.
- GONZÁLEZ SEARA, Luis: «Juicios de valor, ideologías y ciencia social», *Revista de Estudios Políticos*, núms. 159-160 (1968), págs. 5-36.
- ISAACSON, José: *La revolución de la persona*, Buenos Aires, Marymar, 1980.
- LÓPEZ, Mario J.: «¿El fin de las ideologías?», *Revista Jurídica de Buenos Aires*, I-IV, (1963), págs. 55-81.
- MANNHEIM, Karl: *Libertad y planificación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942². Trad. de R. Landa.
- MEYNAUD, J., y LANCELOT, A.: *Las actitudes políticas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965. Trad. de M. Lamana.
- MEEHAN, Eugène J.: *Juicios de valor y ciencia social*, Barcelona, A. Redondo, 1970. Trad. de J. R. Hardisson.
- MILLER, J. D. B.: *The Nature of Politics*, Hardmonsworth, Penguin, 1969.
- MIRA, Montserrat: *Política e irracionalidad*, Buenos Aires, Pleamar, 1970.
- OTERO, Mario H. (comp.): *Ideología y ciencias sociales*, México, Univ. Nacional Autónoma, 1979.
- PIAGET, Jean (ed.): *Epistemología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Proteo, 1972, vol. 6. Trad. de H. Acevedo.
- POLIN, Raymond: *Ethique et politique*, París, Sirey, 1968.
- QUINTON, Anthony (ed.): *Political Philosophy*, Oxford Univ. Press, 1968.
- RAPHAEL, D. D.: *Problems of Political Philosophy*, Londres, Macmillan, 1970.
- ROCCIA, Giulio B.: «Ideología e ciencia política», *Il Politico*, 33 (1968), págs. 77-109.
- ROSSI, Pietro: «Scientific objectivity and value hypotheses», *International Social Science Journal*, 17(1) (1965), págs. 64-70.
- ROWE, Eric: *Modern Politics*, Londres, Routledge & Kegan, 1969.
- STRASSER, Carlos: *La razón científica en política y sociología*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- WALLAS, Graham: *Human Nature in Politics*, Londres, Constable, 1929.
- WINTER, Gibson: *Elements for a Social Ethic*, Nueva York, Macmillan, 1971.